

mente como hipótesis explicativa del mundo al modo de la ciencia es reducir el Misterio a una causa científica finita, es decir, negar la absoluta y radical transcendencia de Dios. Nos atrevemos a decir, con Haught, más: reducir a Dios a causa eficiente de un sistema físico es ateísmo.

¿Qué ofrece entonces la Revelación fáctica de Dios? La experiencia histórica de hombres y mujeres que al hospedar en sus vidas la Presencia del Misterio Trascendente encontraron motivos para confiar y esperar en la Verdad y, por eso, encontraron también motivos para mantenerse con voluntad inquebrantable, sin descanso, en la lucha contra el mal y, en cada nueva situación histórica, proceso de maduración, a mayores «cotas de profundidad». Por eso, la reflexión filosófica/teológica, ni busca ni podrá presentar un «absoluto lógico», hipótesis científica pura, separada de la ambigüedad de lo humano —un dios perfecto en soledad perfecta sería inmoral para la vida humana—, sino un Misterio Misericordioso dispuesto a compartir y, por eso, a acompañar las luchas humanas para que éstas, con paciencia, busquen sin descanso, con esperanza inquebrantable, senderos de verdadera justicia y paz. Y como esta tarea nos compete a todos dicha búsqueda/presentación del Misterio que se «abaja», impureza, para acompañar lo humano tendrá siempre que presentarse en consonancia con el saber, exigencia de diálogo fecundo, que el método científico ofrece sobre la realidad.

Es la bella propuesta de Haught que invito, nuevamente, a leer y reflexionar. Porque espero que su lectura abra caminos de profundo diálogo ecuménico entre todos aquellos que con confianza/paciencia/esperanza seguimos buscando verdades que posibiliten el saber, saborear, la Verdad en la que todo ser humano, también la realidad natural, habita.—ANTONIO SÁNCHEZ ORANTOS, CMF.

HISTORIA DE LA IGLESIA

RICCARDI, ANDREA: *Juan Pablo II. La biografía* (San Pablo, Madrid 2011), 663p., ISBN: 978-84-285-3805-3.

Juan Pablo II ha sido considerado uno de los pontífices más trascendentales del conjunto del siglo xx. No ha de extrañar que Andrea Riccardi haya iniciado su libro destacando que, además de ser una de las principales figuras del siglo pasado, se haya configurado, sobre todo, como un «testigo de la compleja encrucijada polaca y protagonista de la escena mundial durante 27 años», además de constituir un «líder que ha colocado a su Iglesia en el corazón de la Historia».

Sin embargo, el libro no se inicia con la primera etapa de la vida de Karol Wojtyła, sino que se centra en el histórico cónclave de octubre de 1978 en la que un cardenal polaco fue elegido por los cardenales electores para convertirse en el nuevo sucesor de San Pedro. Un cónclave donde rápidamente se comprobó que ninguno de los prin-

cipales candidatos (los italianos Siri y Benelli) eran capaces de alcanzar la mayoría necesaria para su elección y donde, por tanto, hubo de buscarse una tercera vía que llevó, nada más y nada menos, a que un cardenal no italiano fuera elegido Papa tras casi quinientos años de abrumador dominio de la Iglesia italiana.

Uno de los primeros elementos en los que se centra Andrea Riccardi es en la relación de Karol Wojtyła con el pueblo judío. Relación que venía marcada por el hecho de que en su Polonia natal la población judía fuera muy numerosa y tuviera gran protagonismo en la sociedad de los años veinte y treinta. Para Riccardi, Wojtyła siempre se sintió cercano al pueblo judío y ello le permitió cultivar numerosas amistades, y ello también tendría su plasmación en sus años de pontífice cuando, siguiendo las disposiciones del Concilio Vaticano II, hizo importantes esfuerzos por fomentar el diálogo interreligioso, incluyendo una histórica petición de perdón ante el Muro de las Lamentaciones por los males que la Iglesia Católica hubiera podido ocasionar al pueblo judío.

Por otra parte, la figura del Wojtyła obispo en Polonia no puede ser entendida sin tener en cuenta la importancia y preeminencia de quien entonces era el Cardenal Primado del país, Stefan Wyszyński. Como tantos preladados de la Europa del Este durante los años del comunismo, Wyszyński estuvo también en la cárcel, concretamente en los años 1953-1956, fruto de lo cual es su bella obra *Diario de la cárcel* (Madrid, BAC, 1982). Así, Riccardi nos muestra a un Wojtyła sumamente respetuoso con la principal figura de la Iglesia polaca, manteniendo una relación estrecha y cordial en tiempos de extraordinaria dificultad para el catolicismo polaco. Pero, al mismo tiempo, también nos muestra a un Wojtyła independiente, que no se limita a seguir las consignas del Primado, sino que va marcando su propio camino. Sabedor de su capacidad para sintonizar con toda una diversidad de personas y maneras de pensar, Wojtyła, como recuerda acertadamente el autor, pronto se muestra como un obispo «pastoral» y «popular». Unas cualidades que no son incompatibles con una sólida formación teológica, que le permitirá destacar en el Concilio (aunque ciertamente muy a última hora y de manera discreta), explicando ello que hombres tan destacados en la Iglesia posconciliar, como el Cardenal König, se fijaran en él cuando llegó el momento de pensar en una tercera vía en octubre de 1978, durante el ya mencionado cónclave.

Riccardi califica a Juan Pablo II de «Papa muy nuevo». Probablemente fuera así. Además de su juventud (58 años) y de su procedencia (la Europa del Este), se trataba de alguien no relacionado ni con la Curia romana ni con la Iglesia italiana. En ese sentido, ante el reiterado debate sobre si era progresista o conservador, el autor responde que Karol Wojtyła era, por encima de todo, un Papa plenamente posconciliar. Además de un Papa que pronto destacaría por su carácter viajero en el más puro sentido apostólico.

El autor dedica un capítulo completo al intento de asesinato que tuvo lugar el 13 de mayo de 1981 y que llegó a ser atribuido a la KGB soviética. Fuera así o no, Riccardi considera que fue clave para generar una corriente de simpatía hacia el Papa y, sobre todo, para fortalecer la unidad entre los católicos. A partir de ahí, su pontificado se dirigiría hacia numerosos objetivos, destacando, a juicio del autor, su activo papel en los temas europeos. Porque Karol Wojtyła, a fin de cuentas, era un europeo, y le tocó vivir crisis como la francesa, los problemas en Italia (donde la democraciacristiana

comenzaba a perder su hegemonía) y, sobre todo, el difícil proceso secularizador que arrancaba de décadas anteriores. Juan Pablo II se encontró una Iglesia en crisis, con claros problemas de identidad, que debía adaptarse a un mundo cambiante, y donde las defecciones estaban a la orden del día tras décadas con seminarios llenos en la mayor parte del continente.

En todo caso, Juan Pablo II fue siempre un abierto defensor del carácter universal de la Iglesia Católica y por ello dedicó también importantes esfuerzos a la Iglesia americana, hasta el punto de que Andrea Riccardi considera, con razón, a Karol Wojtyła «un gran líder religioso» en los Estados Unidos de América. Más compleja era la situación de la América Latina, donde había que hacer frente a un fenómeno con una clara impronta marxista como era la Teología de la Liberación. A juicio de Riccardi, el debate sobre esta corriente teológica llegó hasta comienzos de los noventa, pero perdió mucha fuerza con la caída del comunismo en la Europa del Este, surgiendo a continuación el problema de los movimientos neo-pentecostales.

También dedica el autor un importante apartado al tema del comunismo en la Europa del Este, donde había que tomar una decisión acerca de seguir o no en la línea marcada por Pablo VI de apertura hacia el Este (la llamada «Ostpolitik»). Para el autor, Karol Wojtyła pensaba que en el mundo europeo-occidental no se entendía hasta qué punto era necesario combatir el comunismo, lo que llevó a librar una «lucha muy dura» en el Este del continente europeo. El comunismo acabó cayendo (algo en lo que jugó su papel Juan Pablo II), y la Unión Soviética acabó desintegrándose, pero ello no supuso para el Papa un nuevo horizonte plenamente satisfactorio, pues pronto las nuevas generaciones europeo-orientales acabarían entregándose a otro mal endémico, que era el consumismo generado por el sistema capitalista. En ese sentido, el autor remarca lo importante que fue para Juan Pablo II la puesta en marcha de la *Perestroika* de Mijail Gorbachov, que llevaría, entre otras cosas, a un encuentro entre el líder soviético y el Papa Wojtyła. Y eso que el pontífice tenía claro que lo que Gorbachov realmente buscaba era cambiar el sistema pero sin cambiar de sistema, pero no por ello debía de dejar de tenerse en cuenta las posibilidades que se presentaban.

Según Riccardi, lo sucedido a finales de 1989 fue, en la práctica, la victoria del método cristiano de cambio político, basado en la renuncia a la violencia pero contrario a la existencia de opresión. En el fondo, como señala muy acertadamente el autor, se trataba de un método no exactamente novedoso, sino que en realidad respondía a las convicciones profundas y antiguas de la Iglesia de Roma, que había manifestado tradicionalmente un claro recelo hacia los fenómenos revolucionarios y las guerras. A juicio del autor, lo que realmente apoyaba el catolicismo era la animadversión hacia la violencia y, al mismo tiempo, la potenciación de la mediación y de las transiciones pacíficas.

Otro de los hechos más conflictos con los que hubo de batallar el pontificado de Juan Pablo II fue con la trágica contienda civil yugoslava de 1991-1996. Según el autor, en todas las delicadas fases de la crisis que tuvo lugar durante esos años en los Balcanes, la postura de Roma fue insistir ante la comunidad internacional para que se volviera parte activa en la solución del conflicto y en la protección de los grupos sociales y étnicos más castigados.

No se olvida Andrea Riccardi de hablar del pontificado de Juan Pablo II en relación al mundo musulmán, y aquí su pontificado comenzó en un momento de extra-

ordinaria dificultad pues hubo de hacerlo poco antes de que triunfara la revolución islámica en Irán. También aquí se mostrará plenamente posconciliar, en el sentido de potenciar el diálogo interreligioso y trabajar por la superación del conflicto permanente entre cristianos y musulmanes, algo que, a su juicio, sólo podía hacerse reforzando los «vínculos espirituales». En relación con ello, pero también con el problema judío, Andrea Riccardi afirma con rotundidad que la «obra maestra» de Juan Pablo II es su visita a Tierra Santa en el año 2000. En aquel histórico viaje, el Papa Wojtyła se distancia del pensamiento del catolicismo tradicional y se reafirma en lo que había dicho ya en noviembre de 1980: que el pueblo del antiguo pacto no había perdido jamás su «primogenitura», además de afirmar públicamente, para gran satisfacción de judíos e israelíes, que el antisemitismo había sido «(...) un gran pecado contra la humanidad».

Riccardi concluye su brillante obra señalando que Juan Pablo II no fue un reformador en el sentido liberal, pero sí fue un innovador que de ninguna manera se mostró insensible a las voces que le pedían una reforma en profundidad. Según el autor, el Papa Wojtyła fue percibido por muchos como una personalidad de gran interioridad, un hombre auténtico que no se resignó ante la Historia y que no renunció a la esperanza de cambiarla, ni de superarla. Eso explica su dimensión mucho más allá de lo estrictamente eclesial: por ello, tiene razón el historiador italiano Andrea Riccardi cuando afirma que, particularmente en sus últimos años, Juan Pablo II fue percibido como una gran figura de nuestro tiempo «incluso más allá de los confines de la Iglesia católica».

Estamos también de acuerdo con el autor cuando afirma que serán necesarios nuevos estudios para enriquecer nuestro conocimiento de uno de los pontífices más longevos de la Historia. Pero no por ello esta obra de Andrea Riccardi deja de ser todo un hito para los especialistas en el tema, debido no sólo a la riqueza de contenidos, sino también a la manera tan didáctica en que es capaz de explicar, convirtiéndole en un excelente comunicador. Por ello, estamos ante una obra que probablemente tardará mucho tiempo en ser superada por sus numerosas virtudes, si es que esto finalmente acaba sucediendo.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

VALERO AGÚNDEZ, URBANO, S.J., *El proyecto de renovación de la Compañía de Jesús (1965-2007)* (Colección Manresa 47, Mensajero - Sal Terrae, Bilbao - Santander 2011), 362p., ISBN: 978-84-271-3319-8.

El P. Urbano Valero ha ocupado importantes cargos de gobierno en la Compañía *renovada*, tanto a nivel local como universal. Ha sido Provincial, Rector de la Universidad Pontificia Comillas, Asistente General y Procurador General (quien lleva los asuntos jurídicos con la Santa Sede y funciona como asesor jurídico en la curia general). Además, participó personalmente en las CG 33 y 34. Fue quien, por encargo del P. Kolvenbach, asumió la revisión del derecho de la Compañía y se convirtió en el motor principal que llevó a cabo el trabajo del que surgieron las *Normas Complementarias* aprobadas por la CG 34. Con esta trayectoria, no cabe duda de su competencia para estudiar a fondo el proceso de gestación y formulación de la renova-